

POÉTICA DE LO INMEDIATO

Entregarse del todo a lo inmediato, suponer que es ese reducto que nos queda a salvo de las fauces de quienes ordenan el mundo en configuraciones de tamaño y complejidad insoportables, puede ser, en efecto, una hipótesis temeraria. Vivir pendiente de los alrededores puede acabar siendo un ejercicio pobre de jibarización. Como esas personas que viven en opresión textil porque lo fían todo a cambiar de talla para creer que han adelgazado.

Lo cierto es que hay dos maneras de entender ciertos fenómenos exteriores que nos cambian el modo de estar en la vida: una es creer que primero son los presupuestos teóricos, las maquinaciones especulativas que suceden en el territorio de las pizarras de los gurús que prevén el rostro del mundo. Parece que son entelequias que no nos van a afectar nunca pero, a la postre, se cuelan por fisuras imperceptibles en nuestras ciudades, en nuestros domicilios, en nuestras habitaciones, en nuestro corazón. Y hay que esperararlo todo como esperamos el ruido ineludible del trueno cuando hemos visto el sobresalto del relámpago. Algo así.

Pero hay otra manera inversa de entenderlo todo: creer que las grandes transformaciones de alcance internacional -hoy diríamos 'global'- empiezan a arder lentamente en pequeños gestos de conducta personal, en comportamientos imperceptibles que, por ósmosis, podrían acabar por incorporarse de lleno a los grandes planos colectivos de la sociedad. Para explicar el verbo destruir -“*la horrible facilidad de destruir*”, decía Valéry- siempre me ha dado más razones el dulce, silencioso roer que el manotazo furioso. Por eso, he fundado de siempre mi manera de vivir -y, por tanto, mi escritura- en algo así como una inspección continua de la cercanía. Es lo que he acabado por llamar “poética de lo inmediato”. Hablemos de ello Empecemos por un poema donde se convoca a esas realidades de los alrededores, de lo inmediato para creer que todavía podemos salvarnos en ellas.

Lo que diferencia a un niño rural de un niño de barrio es que aquel no precisa de límites físicos impuestos para calibrar su territorio, que es el aire, la luz natural, el complejo sideral del firmamento sobre su cabeza y el salpicón de ruidos inesperados que se le cruzan en un paseo de corto alcance. En cambio, el niño de barrio pertenece a una sucursal de la propia ciudad en la que vive: ni se arraiga del todo en esta ni acaba por desvincularse de ella; más bien hay en la vida de barrio esa alegre vocación fronteriza e híbrida que disuelve los argumentos para conseguir una identidad sólida: en el barrio, uno no es del todo de casi nada. Eso es.

Hay algo de indómito en esa conciencia de no querer pertenecer del todo a la tribu mayor. En el fondo, creo que es la misma actitud del poeta, del verdadero poeta: su

manera de escribir también es fronteriza y salta por encima de los usos convenidos para el lenguaje. El poeta oye las palabras de otro modo; sabe que tienen espesor, coloración, timbre y revés. Y entonces presenta al mundo ese idioma propio, a veces críptico de tan transparente, que es el poema. Mi lenguaje no es del todo vuestro. Eso parece proclamar el poeta en su escritura. Por eso, me atreví a denominar al poeta con ese apelativo que dio título a un libro: *El que desordena*. Desordena la lengua, desordena la conciencia previsible de los demás, desordena tiempo y espacios, que se mezclan de manera inverosímil en sus poemas. Él está en un “allí”, esperando para volver a encender el mundo de otro modo.

De esa actitud de cierta disidencia me nutrí fácilmente porque yo pertenecía a un barrio, a una calle de un barrio en que se me apareció la vida en todo su esplendor. Lo inmediato, ya entonces, fue para mí una réplica solvente del universo.

Blake, en su cosmovisión romántica, aseguraba que todo el universo cabía en la visión de un grano de arena. Desde hace tiempo ha desaparecido esa ansia de estirpe neoplatónica de ver la Totalidad inmersa en cada partícula del universo. Ahora estamos asistidos más bien por esa suerte de don la ubicuidad que supone que conceptos como “global” -que hace olvidar aquella palabra sagrada: ‘unidad’- y “local”, consigan hacernos creer que cada acto de los hombres está implicado en el resto del mundo sólo por la mera razón de que todo se puede conocer por cualquiera en el mismo momento en que se produce, eso que se llama -oh, ilusión temeraria- “en tiempo real”. Hacer pingües negocios con el otro extremo del mundo sin levantarse del sofá de casa nos hace creer que el mundo, por haber encogido su tamaño, es también menos complejo. Pero no es así: la complejidad del mundo está, sigue estando, en esos pequeños acontecimientos que, de tanto suceder a nuestro lado, han perdido su rumor, su excitación: es la soberanía de lo inmediato. En cambio, estar informados no es entender los hechos. Conocer no es saber: he ahí la clave de la nueva ignorancia.

Junto a esa obsesión de llegar a cualquier límite simplemente porque ello es posible está esa otra obsesión de la acumulación. Tal como decíamos antes, creemos que por el hecho de acumular (acumular miles de películas, de libros, de canciones...) ya sabemos más, ya podemos ser -quién sabe- más felices. En realidad, el fenómeno de la acumulación digital no es más que un síntoma exacerbado y simbólico del ansia de propiedad. De modo que *el alcance* y *la acumulación* son los dos ejes que parecen configurar una cierta sensibilidad que ha convertido sobre todo a las últimas generaciones en deportistas de élite de eso que podríamos llamar un dominio -y la palabra ya pertenece, como sabemos, a la semántica de la informática- de la propia vida. Dominamos nuestra

vida, estamos más seguros porque podemos acceder a millones de datos y porque acumulamos. Eso nos creemos.

Lo que ocurre en realidad es que domesticar lo remoto conlleva un menosprecio, una indiferencia por lo cercano, lo que está ahí, a ojos vista, que de tan palmario se ha vuelto invisible. Es la triste incapacidad para sentir eso que uno ha llamado “la vida mitigada”.

Aun así, hay una cercanía selectiva -yo diría inmoral- que se aprovecha como un factor discriminativo entre lo propio y lo ajeno. Se trata de una cercanía que sirve de defensa de una identidad que no queremos compartir. Desde el siglo XIX el mundo se convirtió, poco a poco, en un territorio parcelado, en un establecimiento que el colonialismo europeo fundó para vender a una clientela los productos que, de partida, ellos mismos tenían, en bruto, en sus manos. Y se empezó a recordar que, a pesar del muro global en que el mundo se ha convertido, no todos somos iguales. Hace muy pocos días se ha celebrado aquí, en España, un funeral de Estado en memoria de las víctimas del horrible suceso que un hombre, al parecer perturbado, provocó mientras pilotaba un avión que dejó estrellar. Murieron 150 europeos, españoles entre ellos; eran de los nuestros y parecía que ello exigía la escenificación de uno de esos retablos de gobernantes, reyes, obispos y otros purpurados que se dan cita en una ceremonia que ha de dar pedigrí a los muertos. Siempre me he sentido perplejo ante estos actos de incandescencia innecesaria. En esta ocasión, la perplejidad venía envuelta en algo peor: la indignación. Porque por esos mismos días murieron en el Mediterráneo hasta 700 hombres, mujeres y niños que venían huyendo de la guerra, del hambre y de la incertidumbre. Pasto de traficantes sin alma, desheredados de todo, estas oleadas de africanos se repiten una y otra vez ante los ojos impasibles de Europa, que ni desea acogerlos -el primer ministro inglés lo dejó explícito hace unos días- ni se esfuerza en resolver el trágico problema que muy probablemente originó Europa misma con aquellos desmanes colonialistas de usurpación. Ningún funeral de Estado para esos muertos. ¿Por qué? Porque no estaban en ninguno de los modos de la cercanía. De pronto, el mundo se estira, se vuelve a llenar de lejanía. La globalidad se detiene ante ciertas puertas que no conviene atravesar. Las puertas de lo propio. Goebbels decía sarcásticamente que los exiliados que iban huyendo de los nazis eran solo “cadáveres de permiso”. Y creo que así se considera a estas hordas de menesterosos a los que socorremos en primera instancia para que no huelan a muerto en nuestra casa mediterránea, para que regresen a su país en condiciones de morir mejor.

Es a ese tipo de cercanía a la que ahora deseo referirme leyendo tres poemas de un libro aún inédito, titulado *Pérdida del ahí*. Son, en efecto, acusaciones concretas; el

lenguaje se levanta sobre sí mismo y trata de caer sobre la conciencia de quienes hacen de la cercanía un territorio inmoral.

Hablemos ahora de un segundo movimiento de la cercanía. Yeats dejó sentado esto: “lo local es el guante que el poeta se pone para tocar el universo”; y otra sentencia, del gran Miguel Torga, ya es un lugar común: “Lo local es lo universal sin paredes”. A eso me agarro. Porque, ¿qué alcanzo a entender en sendas propuestas? Que lo inmediato ya es el mundo. Todos nosotros lo sabíamos: en las escrituras sagradas, el espacio de la felicidad se reducía a las proporciones de un jardín; y, de otra manera, la novela que más queremos es universal porque nos asegura que lo que ocurre “en un lugar de La Mancha” podría ocurrir en cualquier parte.

En cuanto a mí, viví en una pequeña calle donde enseguida me hice cargo del alcance y el relieve del mundo. Aquella calle era mi patria. En esta afirmación resolvía de una vez dos asuntos: por un lado creía que en ella, como en aquel arca de Noé, estaban recogidos ejemplares-testigos de lo que puede dar de sí la condición humana; con el tiempo, comprobé que eso era cierto. La segunda verdad que se instituyó por su cuenta fue olvidarme de ese concepto solemne y para entonces bajo sospecha -“patria”- y adjudicárselo a ese espacio tan mío que me servía para denominar lo pequeño y lo grande, lo ordinario y lo importante. En un artículo de hace ya años acerté a decirlo así:

“La patria de un hombre puede caber en una calle. A veces ni aun eso (Jules Renard proclama en una nota de sus diarios que *“la patria no es más que todos los paseos que puedes dar a pie alrededor de tu pueblo”*), de modo que toda otra concepción no nos parece más que altisonancia. Y, sí, la patria de cualquiera no tendría por qué rebasar los límites de una calle, cuando una calle era lugar de estancia, no espacio transeúnte y sin apenas sustancia vital, como nos parecen ahora a pesar de esos rastros decimales que todavía pueden verse y que son prolongaciones casi naturales de la presencia humana: letreros inocentes (*“Hay miel casera” “Servicio esmerado a jubilados” “Cerrado. Enseguida vuelvo”*) estampados en escaparates y fachadas con una desprevenida caligrafía escolar, tiestos que sobreviven sofocados en diminutos balcones junto a bombonas de butano, alguna prenda que aletea entre dos barandillas próximas..., pequeñas fugas de aliento hacia la mirada pública, maneras de contar que no todo sucede en el espacio privado y triste de los domicilios.

Nosotros recordamos a menudo aquella otra calle de nuestra infancia, en las afueras de la ebullición de la ciudad pero aún con el aire de esa dignidad de los antiguos aristócratas que ha hecho callo misteriosamente en sus miradas y ademanes y aún contiene, al paso de los años, una remota distinción. Estaba aún empedrada a mediados de los sesenta, y oímos muchas veces

desde el silencio excesivo de la habitación, en mitad de la noche, un resonar de cascos o el traqueteo de algún carro de mano que desarbolaba los primeros compases del sueño dando tumbos sobre los guijarros. (...) Aquella calle fue para nosotros la patria más veraz. Por ella paseó todo lo que después otros esquemas repitieron: la muerte, la intolerancia, el miedo, el acecho..., pero también el amor a la vida con su coro de luces, con su maravilloso ímpetu que nos dejó en los ojos una herencia de afecto por los seres, por todos los seres, que aún hoy nos sigue siendo propicia”.

Todo lo que he estado haciendo hasta ahora con la escritura es escarbar en esos alrededores para ver lo que en principio no hay pero sé que está ahí, lo que insiste en explicar el verdadero ruido del mundo. Hacia 1992 el círculo de lo inmediato se estrechó y tuve forzosamente una relación casi absoluta con el pequeño dominio de una casa, la casa donde yo vivía en aquellos momentos. Durante un tiempo llevé esa vida conventual y parecida a un confinamiento doméstico que me hizo vivir puramente la relación con lo inmediato como la única que podía llevar a cabo sin intermitencias; llegué a creer que eran las últimas cosas que se relacionaban conmigo. Fue entonces cuando ‘lo inmediato’ se convirtió, en una implacable condensación, en ‘lo domiciliario’. Lo que fue surgiendo de ahí apareció en un libro titulado *Para qué sirven los charcos*, en una de cuyas secciones, que denominé “Marcas”, fui estableciendo ese diálogo apasionante -al menos, para mí sí lo era- con las cosas de la casa, convertida así en un pequeño patrón del mundo. El título responde a esas pequeñas conductas de insubordinación a las que me estoy refiriendo de continuo. Nada más inmediato que un charco ahí, en el suelo; todos lo sorteamos, no queremos saber nada de él.

Pero ¿hay todavía algo más inmediato que la casa? Lo hay. Es el cuerpo. Lo más inmediato que tenemos, lo único con lo que podemos contar; tan inmediato que lo es todo y, sin embargo, apenas lo vemos; más aún, procuramos que sea invisible, que no acusemos su silenciosa estancia carnal, pues las dos manifestaciones de que el cuerpo existe son el dolor y el placer. Años atrás, en un libro titulado *En familia*, aparecía este poema que trata de dar cuenta de esos pactos que todos buscamos con el cuerpo. Querríamos desprendernos de él cuando no parece servirnos; pero entonces, ¿cómo seguir en la vida? Tal vez es mejor aceptarlo, esté como esté, a medio uso ya, con todas sus consecuencias. De ahí surgió un poema que titule “Las siete de la mañana” y que quería ser precisamente una conversación con el cuerpo, convertido en cómplice -el más íntimo- al que debemos agradecer cada mañana que esté ahí, esperándonos.

En esa poética de lo inmediato que da título a esta intervención no puedo olvidarme de las cosas. Las cosas que nos cercan todos los días con su rostro anodino y su insensible declinación. Siempre me han atraído las cosas. En alguna ocasión llegué a definir al poeta como “*el amigo de las cosas*”. ¿De qué cosas? De las que nos nublan de cercanía. Viví toda mi infancia rodeado de enseres comerciales; a aquello le llamábamos ‘el género’. A mí me gustaba tumbarme en el sofá del negocio familiar a sentir la presencia de aquel mundo mineral; allí me quedaba quieto y yo creo que secretamente anhelaba dejarme llevar a algún lugar por aquel pequeño ejército de menudencias (remaches, protectores, leznas, puntas, ojales, bobinas de cáñamo, pastillas de cera de lujar...). Cuando alguna vez tuve que convertir un poema en plegaria, yo imploré a aquellas pequeñas divinidades con algo parecido a una súplica. Y así ha seguido siendo hasta ahora.

NOTA: A lo largo de esta charla se han ido leyendo poemas y pasajes de libros que pretendían aseverar (o quién sabe si desmentir) lo que allí se estaba contando. El texto, presentado así, no recoge esas intromisiones.

TOMÁS SÁNCHEZ SANTIAGO